

Pecado en el Vaticano. Blanca Sánchez

Estoy a punto de conseguirlo. Ya tengo a ese monstruo apuntado desde una ventana interior del triforio. No va a moverse, está hablando con un joven sacerdote.

Por mi cabeza pasan fugazmente todos los días que he estado planeando este momento. Los nervios de esta mañana camino del Vaticano, donde al final terminaré mi empresa mientras los sacerdotes, curas, obispos y el Papa celebran el día de la Inmaculada Concepción. El camino saludando a la gente como si no pasara nada, como si todo estuviera bien, como si yo estuviera bien. Rememoro aquel día en el que entré en casa y vi a mi hermano tendido sobre un charco de sangre, muerto y un papel con la marca del Papa quemándose en la chimenea.

En un arrebato aprieto el gatillo. En un instante empiezan los gritos y el barullo, la gente no se cree lo que acaba de pasar. El Papa se desploma tras un último suspiro y de repente no encuentro ninguna excusa para lo que acabo de hacer. Todo ese odio profundo que llevo almacenado desde que murió mi hermano desaparece. Me siento insignificante, angustiado, pecador y me veo igual que ese mismo hombre al que acabo de matar, asesino. Y con todos esos pensamientos agrupándose en mi cabeza vuelvo la pistola hacia mi túnica de obispo y...